

## **Sobre la gratuidad y el quietismo**

Entre las muchas críticas en la línea de la extravagancia que solemos recibir los carismáticos, podemos contabilizar una serie de epítetos del siguiente jaez: exaltados, iluminados, emotivos, sensibleros, visionarios, alumbrados, escapistas, irreales, fanáticos, radicales, fundamentalistas y otros por el estilo. Estos apelativos no me afectan demasiado. Intentaré en esta carta demostrar que no lo somos. Sin embargo, hay uno del que yo mismo he sido acusado varias veces, el de quietista, que sí merece que nos ocupemos un ratito de él. La razón es que implica un matiz teológico muy unido al tema de la gratuidad y, por lo tanto, necesitado de aclaración.

Hay algunos colegas dominicos que me incordian acerca de estos temas en los diálogos domiciliarios, aunque sea con cariño y humor. No saben nada de la Renovación pero están suficientemente preparados para oler y atisbar por dónde puede haber un quiebro. Si he de decir la verdad, el tema del quietismo me preocupó también a mí en algún momento de mi trayectoria espiritual dentro de la Renovación. Me explico, adelantando algunas ideas: si, como dice la gratuidad, todo lo hace Dios en nosotros y, hasta el colaborar con él puede resultar perjudicial para la acción de la gracia, ¿qué actitud debemos de tomar? ¿La de dejarnos hacer como la madera con el carpintero? Si fuera así, caeríamos en el quietismo, que es algo no aceptado por la Iglesia.

El Quietismo, con mayúscula, es una corriente de espiritualidad que en los seiscientos y setecientos tuvo gran influencia en la Iglesia. No es mi objetivo estudiar a fondo este movimiento sino reflexionar sobre ello desde la experiencia de Maranatha. En nuestro grupo se ha predicado durante muchos años una gratuidad semejante o más incisiva que la del Quietismo, por lo que podríamos incurrir, si no estamos en guardia, en las mismas conclusiones por las que fue rechazada aquella corriente. Los quietistas vivieron euforias muy semejantes a las de cualquier avivamiento espiritual y ejercieron gran influencia sobre extensas masas del pueblo que respondían con entusiasmo.

Un tal Miguel de Molinos, sacerdote español llegado a Roma en 1664, tiene mucho que ver con este tema. Desde el principio quedó encandilado por la euforia quietista dominante en la ciudad eterna. No sólo se adhirió a ella sino que pronto cobró fama de experto director espiritual y, tal vez sin desearlo, no tardó en ser reconocido como líder de la corriente quietista. En 1675 publicó el famoso libro “Guía espiritual” que, traducido a muchos idiomas, logró gran difusión. Acentuaba de manera especial la pasividad del alma para llegar a la *contemplatio acquisita*. Después de diversos avatares fue condenado por la Santa Sede. Esta condenación significó un duro golpe a la vida interior de muchas almas que vivían dicha mística de muy buena fe y tuvo como resultado un profundo escepticismo contra todo afán de renovación, iniciándose, sobre todo en Italia, una caza de brujas contra todos los sospechosos, extendiéndose a autores que hasta entonces habían sido de total confianza como Taulero, Suso, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Por su parte en Francia la máxima representante del Quietismo fue Mme. Guyon, cuyos escritos fueron protegidos por el obispo Fénelon y rechazados pasionalmente por Bossuet, también obispo. La condenación en Francia tuvo el lamentable efecto de provocar en esa nación la casi total desaparición de la literatura mística hasta el siglo XIX.

\*\*\*\*\*

Uno de mis hermanos, aficionado a los libros, tiene una gran biblioteca, que pone en peligro de hundimiento el piso que fuera de mi madre. Allí encontré hace bastantes años un ejemplar de la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos<sup>1</sup>. En los días que estuve de vacaciones lo leí entero y con mucho detenimiento. Incluso llegué a adentrarme en algunas de sus cartas. No era un interés intelectual el que me impelía a gastar mi tiempo en tales elucubraciones histórico-teológicas sino el interés y el cariño por la Renovación carismática, al menos tal como la estábamos concibiendo en Maranatha<sup>2</sup>. Hemos sido muy conscientes de que la predicación que se hacía en nuestro grupo se alejaba mucho de la pastoral corriente en conventos y parroquias españolas del momento. La novedad de esa predicación te hace andar con pies de plomo para no dar pasos en falso.

---

<sup>1</sup> Para escribir esta carta una amiga me encontró este libro en Internet, en una web cuáquera.

<sup>2</sup> Grupo de oración madrileño en el que conocí la Renovación carismática.

Uno de esos pasos equivocados podría tener algo que ver con el Quietismo ya que, al predicar la gratuidad, también se enfatiza mucho la necesidad de la pasividad ante la acción de la gracia divina.

No fui capaz de encontrar ninguna herejía<sup>3</sup> en la lectura de este libro de Molinos. Es un tratado de mística que a mí me dejó frío pero ni más ni menos que otros de querencia platonizante. La tendencia a unirse con un Dios abstracto se me antoja semejante a los esfuerzos que se hacen en el yoga y en otras técnicas místicas orientales, tanto budistas como musulmanas, donde uno no se encuentra con nada ni con nadie. Pienso que la interioridad a la que se llega en este libro es falsa y vacía, aunque en alguno de los pasos de la lucha contra uno mismo puedan producirse momentos de quietud y relajación. De la misma manera da también el pego su intimidad y devoción interior, con cierto saboreo de unción y pacificación del alma. Hay, en todo ello, un ejercicio y superación ascéticos que nos interioriza y da buena conciencia, cuando, en realidad, no se traspaša jamás el umbral parapsicológico. Actualmente hay mucha gente encandilada también con diversas técnicas orientales que se inspiran en el mismo afán.

Estudiándolo desde el punto de vista histórico es comprensible que a la Renovación le caiga simpático este movimiento quietista. Primero, porque ambos desean entrar en la interioridad y búsqueda de Dios. En segundo lugar, porque representa una reacción contra los abusos de la Contrarreforma. En efecto, Lutero había predicado una gratuidad inusual que la pastoral católica no pudo asumir. Al contrario, la consideró un

---

<sup>3</sup> Los especialistas dicen que sus frases más condenables no están en el libro sino en sus cartas. La Inquisición romana examinó unas doce mil cartas de Molinos y condenó una serie de proposiciones entresacadas de ellas. Pero si uno se toma la molestia de leer esas proposiciones (la 68 y la 263) –hoy asequibles en la edición de F. Trinidad de 1983 de la *Defensa de la contemplación*, que las incluye en apéndice– comprobará que los contenidos teológicos son bastante pobres. El argumento condenatorio más reiterado es el de la inmoralidad, el de la incitación al pecado, entendiendo muy a menudo implícita o explícitamente por tal pecado la conducta sexual. Como se ve, la obsesión sexual preside una vez más las condenas inquisitoriales. En realidad, la lógica de esta derivación es bastante clara: se acusa a Molinos de promover una espiritualidad que dejaría en suspenso, en virtud de la apelación a la quietud, la responsabilidad moral. En efecto, el no luchar contra el *fomes peccati* o inclinación al mal a causa de la quietud engendra una irresponsabilidad moral que conduce, entre otros, al pecado sexual. No obstante, más que el contenido de las proposiciones, fue la dudosa conducta moral del autor la que hizo que se le apresara siendo condenado a cárcel perpetua. De todas formas es difícil cuestionar su buena fe por las ideas expuestas en sus escritos. La investigación actual no permite determinar con exactitud su grado de culpabilidad. De hecho, existe una gran corriente de rehabilitación en torno a él.

peligro, enfatizando una serie de valores o métodos para domesticarla y anularla. Esta lucha contra la gratuidad estaría basada en el poder y la fuerza de la voluntad humana. Siguiendo el gusto de la época se introdujo en la espiritualidad la meditación racional, la reflexión, las consideraciones oportunas de cada uno de los misterios de la fe para suscitar mediante brillantes argumentaciones gusto y atractivo por las cosas de Dios. Desde ahí llegaríamos a la intimidad con Dios e incluso a la vida mística. La acción gratuita de Dios quedaría de este modo perfectamente controlada por dicha metodología.

Para que este método espiritual antigratuito surtiera los efectos pretendidos era deseable pasar cada día por un estricto examen de conciencia ya que la lucha a muerte contra el pecado era condición sine qua non para entrar en el camino de la santidad. De ese modo, el pecado se hace el centro de la vida espiritual y había que escudriñarlo y perseguirlo hasta en sus más tenues manifestaciones, llamémoslas imperfecciones, errores, manchas, defectos o pecados veniales. Nadie podía llegar a la intimidad con Dios mientras no erradicara la más mínima deficiencia. Cualquier incorrección era un obstáculo para acercarse a él, dependiendo siempre de nosotros el éxito o fracaso de tal intento. Es evidente, con estos presupuestos, que la moral del comportamiento fuera la asignatura central que había que aprobar. Sin duda que hubo muchos santos en aquella época pero no gracias a estos métodos sino a pesar de ellos. De hecho, si lo estudiamos bien, vemos que en la cumbre de su unión con Dios todos los santos descubren, al menos a ráfagas, la acción gratuita de Dios en sus vidas, con lo que superan la cultura de la época y quedan redimidos de sus obras y de sus luchas.

Yo me eduqué en una espiritualidad que lo centraba todo en la extirpación del pecado para que pudiera venir o retornar la gracia. Se hablaba, pues, también de la gracia, pero una gracia no gratuita. Había que merecerla. Todo el esfuerzo que teníamos que hacer para caminar hacia la santidad era obra de la gracia, pero una gracia ganada a pulso en la lucha contra el pecado. El pueblo entero se vio envuelto en un afán plagado de exigencias para ganarse el cielo, para seguir en gracia, para evitar la condenación. Todavía me resuenan en el alma los lúgubres cantos de la iglesia de mi aldea. Todavía sigo viendo a mi madre y a mi abuela junto con las demás mujeres del pueblo, vestidas de negro, implorar una

salvación que veían muy problemática. Era muy buena gente, pero su conciencia infectada por un gran pelagianismo hacía que se sintieran malas. Por ninguna parte aparecía el Dios bueno. La gracia, al dejar de ser gratuita, no las consolaba, porque en el discurso de la época se transformaba en cosa, en algo que se podía aumentar o disminuir, ganar o perder, con lo cual y por si acaso, uno siempre se ponía en lo peor. Mi madre me llenó de admiración un día cuando se atrevió a desafiar la sacralidad reinante, diciéndome: “No me gusta el examen de conciencia diario, no lo necesito y creo que hace daño”.

El Quietismo también se apoya en la gracia<sup>4</sup> y la utiliza para negarse uno a sí mismo y aprender a dejarse hacer, quedándose completamente quieto ante su acción. Reniega de cualquier tipo de actividad, por ejemplo de adquisición de virtudes, de métodos de santificación, de sacrificios o formas activas de crecimiento. Por su etimología y significado el quietismo podría definirse como una espiritualidad que trata de buscar a Dios y llegar a su contemplación, renunciando a toda actividad y permaneciendo en quietud, en total pasividad, dejando que sea sólo Dios el que obre en ella. Todo esfuerzo ha de considerarse inútil, pernicioso y hasta culpable<sup>5</sup>. En las frases condenadas, Molinos dice, por ejemplo: “... *Querer obrar*

---

<sup>4</sup> Se trata de un episodio más porque ya en la teología postridentina la disputa de la gracia tuvo un papel muy relevante. Baste mencionar las diferencias entre los teólogos jesuitas y los dominicos. El jesuita Molina, en su libro sobre la concordia del libre albedrío y los dones de la gracia, recalca la voluntad y libertad del hombre, mientras que el dominico Báñez, con la gracia eficaz y la predeterminación física, acentúa más la libertad de Dios y de su gracia. Era la época del nacimiento del humanismo y del subjetivismo idealista con Descartes y otros filósofos renacentistas. Los jesuitas, recién nacidos, pagaron el tributo de la época y pusieron en el sujeto humano tal vez demasiados atributos frente a la soberanía de Dios. Pese a que la Inquisición española había condenado la concordia de Molina, el Papa Clemente VIII se mostró reticente a aceptar dicha condena. Nombró una comisión, la llamada *Congregatio de auxiliis gratiae*, que no llegó a zanjar la cuestión. Intentó que jesuitas y dominicos se pusiesen de acuerdo manteniendo conversaciones privadas. Mas estas conversaciones fueron tan violentas que el propio Clemente VIII decidió dirigir personalmente los debates. Finalmente, el papa Paulo V dictaminó en 1607 libertad para dominicos y jesuitas de defender su doctrina y prohibición absoluta de calificar de herejía a la contraria. Los jesuitas celebraron el fallo con festejos públicos, que incluyeron fuegos artificiales, músicas y corridas de toros.

<sup>5</sup> En las frases condenadas, Molinos dice, por ejemplo: “...*Velle operari active, est Deum offendere, qui vult esse solus agens: el ideo opus est, seipsum in Deo totum et totaliter derelinquere et postea permanere velut corpus exánime*. Y más adelante: *Activitas naturalis est gratiae inimica, impeditque Dei operationes et veram perfectionem; quia Deus operari vult in nobis sine nobis*.

*activamente es ofender a Dios, que quiere ser el único protagonista. Es necesario, por tanto, dejarse del todo y totalmente en manos de Dios y permanecer ante él como un cadáver*<sup>6</sup>. Más adelante continúa: “*La actividad natural es enemiga de la gracia e impide la obra de Dios y la verdadera perfección; Dios quiere obrar en nosotros sin nosotros*”<sup>7</sup>. El Quietismo destruye la vida, la historia y el compromiso con la realidad. Lo peor que tiene es que, al no buscar la virtud ni luchar contra el vicio activamente, puede caer en irresponsabilidad moral. El quietismo es una protesta contra la antigratuidad pero no conoce la verdadera gratuidad.

Hay en él tres términos fundamentales: Dios, la gracia y el sujeto humano receptor. A primera vista parece un esquema perfecto y que todos deberíamos admitir. Sin embargo, es falso en cada uno de sus tres términos. Si examinamos la palabra Dios: ¿En qué consiste? Es una abstracción. Es el todo, pero el todo y la nada como conceptos se identifican, ninguno de los dos tiene determinaciones. Por eso, cada pueblo tiene su dios, cada nación a través de la historia ha tenido sus dioses y lo mismo sucede actualmente. La frase “creo en Dios” es una afirmación vacía, que carece de contenido y sólo expresa un vago sentimiento de que algo tiene que haber. No hay persona, no hay encuentro, no hay experiencia de gracia, de ser amado, de amistad, de ser llamado. Cuando una persona, en su experiencia religiosa, no pasa de Dios y todo lo formula diciendo “pido a Dios esto o lo otro”, no ha llegado a una vivencia personal en su búsqueda religiosa, está todavía en el vacío. La mística que tiene como objetivo a Dios es falsa, aspira a lo abstracto, se sale de la realidad. En el cristianismo no hay más Dios que Jesucristo resucitado y el Padre de nuestro Señor Jesucristo. La oración de la Iglesia se dirige al Padre por medio de Jesucristo, el mediador que vive para siempre.

El término gracia en el contexto quietista también es falso. Es un concepto utilizado y dirigido para una finalidad determinada, es decir, para producir en un sujeto exánime la *contemplatio acquisita*, como la llama Molinos. Esta es una gracia sin gratuidad. La gratuidad hace referencia a la libertad de Dios para producir en el sujeto lo que a él le plazca sin verse

---

<sup>6</sup> DS. 2202

<sup>7</sup> DS. 2204

coartado por ninguna determinación a priori. No son los méritos ni las actitudes ni las preparaciones los que generan la gracia ya que entonces Dios estaría a nuestro servicio, le obligaríamos y le dominaríamos. Por aquella época estaba de moda una frase que sonaba así: “Dios no niega su gracia a los que hacen de su parte lo que pueden”. La frase parece lógica pero la ecuación no tiene por qué cumplirse. La gracia no es lógica sino gratuita. Dios, en sus inescrutables designios, se la da a quien le parece bien. En el evangelio se nos insinúa un criterio por el cual Dios actúa y hace referencia a los pequeños, a los que no se creen merecedores de nada.

En cuanto al sujeto receptor el quietismo comete igualmente un grave atropello. Pensar que la quietud total, el dejarse hacer y tratar como si fuera uno un cadáver, es la mejor actitud para recibir la gracia es una gran equivocación. En primer lugar, porque es una actitud moralista, de comportamiento, farisea, que trata de ganarse a Dios por sí misma. Es como la de aquellos que se quieren salvar por sus propias obras, por su bondad o por sus méritos. Todas estas actitudes son formas de controlar y pautar a Dios, obligándole a entrar en esquemas humanos. Estos comportamientos siempre engendran elitismo, en el que los pobres salen malparados.

Hay también en esta actitud una especie de psicopatología que, en aras del bien mayor, que en este caso quietista es la contemplación, soslaya el bien o los bienes menores como son las relaciones humanas, los afectos, la necesidad de los demás. El quietista se busca a sí mismo en su relación con Dios y, cuando piensa ser divino, lo que consigue es deshumanizarse, salirse de la encarnación. Psicópata es una persona que no siente ni padece ni se ve argüido por ninguna culpabilidad. Va a lo suyo, justificándose en el bien mayor. Yo he vivido en círculos con una espiritualidad de base semejante, que sólo se salvaba del quietismo por el activismo de las virtudes. Se quería controlar a Dios por la pureza y purificación interior que se adquiría a base de virtudes y renunciaciones. Hay, sin embargo, muchas virtudes y renunciaciones que parecen moverse pero son y están quietas en orden al verdadero Dios.

Sin darnos cuenta caíamos en la vieja dicotomía del maniqueísmo, que consistía en amar lo celestial despreciando lo terreno. El maniqueo cree que hay dos mundos, creados por distintos principios: el principio del bien

crea el mundo de la pureza, de lo limpio, de lo incontaminado; el principio del mal crea el mundo de la materia, de lo físico, de la carne, del pecado. Es el platonismo espiritual que desprecia la encarnación, el cual no sólo ignora a Jesucristo sino a la comunidad de los pobres reunidos en Cristo. El desprecio de la pobreza corta el cordón umbilical que nos une con el Dios cristiano y el que nos une con los demás.

\*\*\*\*\*

Nosotros en Maranatha hemos vivido de otra espiritualidad, como explicaremos en las páginas siguientes. Hemos predicado mucho la espiritualidad del dejarse hacer, de la pasividad, de permitir a Dios que obre en nosotros, como si fuéramos quietistas. Un espectador poco avisado o de alcance corto puede confundir ambas predicaciones. Sin embargo, estamos en las antípodas. Un buen ejemplo lo tenemos en Santa Teresita de Lisieux, que es una verdadera precursora de nuestra Renovación. Esta joven carmelita vivió en profundidad el tema del dejarse hacer porque se sentía pobre y limitada. Se le reveló que era amada en su pobreza. No estaba en ella la santidad sino en el amor que se le regalaba. Por eso era en esa pobreza, aceptándola y haciéndola esencial, donde esperaba ella el crecimiento y el amor de Dios. Nunca confió en sus méritos ni en sus virtudes sino en la promesa de Cristo de revelarse gratuitamente a los pequeños y sencillos. No quería virtudes sino sentirse amada en sí misma, tal como era, y el Señor le cumplió el deseo. El Señor podía trabajar en la pobreza de Teresa y por eso ella no quería, como haría un quietista, renunciar a su pobreza. Era su signo de identidad. En esto consistía su pequeño camino, el más fecundo y el único para llegar a Dios o, mejor, para que Dios llegue a nosotros.

El punto clave para no manipular ni a Dios ni a la gracia es el convencimiento de que el amor no consiste en que nosotros amemos a Dios sino que es él el que viene a nosotros. Desde esa visión el panorama de nuestra pobreza se hace espléndido y se nos presenta como una tierra fecunda y en sazón, no por sí misma sino por la semilla que llegará. Parece sencillo pero ningún hombre llega a este convencimiento si no es por don. Aquí ya entramos en un terreno sagrado en el que ni Dios ni la gracia pueden ser manipulados. Es el terreno donde la mística verdadera tiene su asiento. Cualquiera que quiera acercarse a Dios sin haber recibido el don le

profana. Así entendemos la gratuidad porque el Reino de Dios sólo a él le pertenece y se lo regala a quien le place. Para acoger este regalo vale más la pobreza y sencillez de corazón que todos los ejercicios, renunciaciones y virtudes que uno pueda adquirir. Aquí la contemplación ya no es *acquisita* sino infusa y nadie llegará nunca a más de lo que Dios tenga destinado para él.

Maranatha es hija del don por lo que su pueblo nunca podrá ser acusado de quietismo. Como decía al principio, muchos, desde fuera, creen que la predicación de la gratuidad es quietista y alumbrada. Igualmente puede haber gente dentro que piense lo mismo. Es un tema de don<sup>8</sup> que es más o menos intenso. Incluso se puede perder. Los dones de Dios son irrevocables pero el don-gracia puede disminuir y hasta perderse. Por eso, el problema son los de dentro, los que no han captado todavía el don de la gratuidad, los que viven la gracia a nivel de esfuerzo. Con su mejor intención claman por resultados, por formación, por poner más de nuestra parte, por activar la parte humana. No pueden entregarse al don dejando al Señor que lleve su obra adelante. No perciben que la pueda llevar, sólo lo saben en teoría. Corren peligro de endurecerse y de entorpecer la marcha de la comunidad. Estos suelen decir que están llamados a un crecimiento mayor pero su proyecto es vulgarmente platónico.

Cuando estudiaba de joven en Suiza hacíamos muchas excursiones. Una de ellas tuvo como objetivo buscar una flor rara que sólo brota en las colladas más altas a más de tres mil metros entre julio y septiembre. Mis compañeros dominicos iban como obsesionados porque no es nada fácil encontrarla. Yo nunca vi ninguna aunque las excursiones duraban varios días durmiendo en cabañas. Se llama *Edelweiss*. *Edel* significa en alemán noble y *Weiss* blanco. Se trata, por tanto, de una flor de blancura única, la más noble de todas las blancuras. Para mí es la mejor parábola de la gratuidad. Me contaban que sólo vive a esa altura. Si la bajas a dos mil metros sus pétalos se marchitan en el acto.

El don no es humano; nadie lo puede producir ni vive fácilmente entre nosotros. Es blanco porque procede de la resurrección de Jesucristo y el blanco es el color de la victoria. Es la encarnación de la gratuidad. Dada

---

<sup>8</sup> Sobre el don ya hemos hablado en la carta cuarta de esta serie.

nuestra poca altura nos lo tenemos que creer y repetir cada día para que no se marchiten sus pétalos. No nos saca de la encarnación; crece en nuestra tierra. No nos hace exaltados, iluminados, emotivos, sensibleros, visionarios, alumbrados, escapistas, irreales, fanáticos, radicales, fundamentalistas ni quietistas porque brota en la humanidad de nuestro Señor Jesucristo. El Espíritu Santo lo produce en Cristo y, a través de él, en nosotros.

\*\*\*\*\*

La acogida del don nos libra de manipular la gracia de Dios y acomodarla a nuestros caprichos. Lo acogemos como regalo y todo regalo es lo que es; su entidad le pertenece al dador, no al receptor. Nos libra también del quietismo porque nos sostienen la esperanza y la promesa, no nuestra acción o méritos. En la historia de la espiritualidad hay otras dos formas de librarse del quietismo: una es la adquisición de las virtudes y otra la identificación con la humanidad de Jesucristo. Trataremos de explicarnos.

¿Qué hay que pensar de las virtudes? En Maranatha nunca se han predicado. A nadie se le ha embarcado por esos caminos. No es que se niegue la importancia de la formación, del esfuerzo humano, del crear hábitos buenos, de ser virtuosos. Estas cosas son muy importantes para la vida en comunidad y para el crecimiento y el equilibrio del ser humano así como para el progreso de la civilización. Esto está claro: la gracia no destruye la naturaleza ni la sustituye, más bien la necesita y cuanto mejor formada tanto mejor. La civilización y el progreso nos han traído grandes bienes y nos han hecho mucho más humanos.

Ahora bien, nuestro crecimiento en Dios no sigue las mismas reglas y muchos de nuestros males vienen de aplicar el mismo esquema a ambos crecimientos. En Maranatha no hemos predicado el crecimiento de las virtudes humanas para llegar a Dios porque creemos en la gratuidad. A Dios nadie llega por sus virtudes, méritos o esfuerzos, más bien estas cosas pueden estorbar dicho camino. En esto estamos de acuerdo con los quietistas. En Maranatha creemos en la iniciativa de Dios para llegar a nosotros y salvarnos, lo cual se realiza por medio de la acción del Espíritu Santo. Nuestra virtud es el Espíritu que crea en nosotros un organismo

espiritual dotado de dones, carismas y frutos, que en sus últimos grados se llaman bienaventuranzas, y que nos otorgan una personalidad espiritual hecha a imagen y semejanza de Dios. Como dice San Pablo: *Hechura suya somos*. Hemos dejado atrás el esquema de las obras, los méritos y las virtudes porque ponen el protagonismo de nuestra salvación en nosotros mismos más que en Dios.

Me diréis: ¡Pero San Pablo y toda la Biblia utiliza esos términos...! Sí, pero no para adquirir la gracia sino como fruto de ella. Para el quietismo la máxima virtud consiste en el dejarse hacer pensando que con ello viene la gracia de una manera automática, lo cual es manipulación. Otras espiritualidades, que todos conocemos, piensan que siendo buenos y virtuosos y haciendo todo lo que esté de nuestra parte, tenemos asegurada la gracia, con lo cual esta deja de ser gratuita y pasa a ser merecida, lo cual es también manipulación. La gracia siempre debe ser gratuita. Por eso, ahora se dice que Dios nos ama tal como somos y como estamos, lo cual es verdad, pero en esta versión se corre también el peligro, si nos descuidamos, de manipular la gracia haciéndola barata y trapo de saldo.

El camino de la gracia gratuita es, pues, muy estrecho y pasa por la humanidad de Jesucristo y su misterio pascual realizado en nosotros. En el orden religioso, fuera de su pasión, muerte y resurrección, todo es frivolidad, vanidad y apacentarse de viento. Esa pasión y esa muerte, sin embargo, no nos la infligimos nosotros a nosotros mismos sino que es don, es gracia. Si mueres con Cristo desde ti mismo ya estás en el esquema de las virtudes y ya te estás haciendo protagonista de tu salvación. Cuánto esfuerzo baldío y cuánto sufrimiento estéril, llenos de buena intención, han pululado por nuestro mundo y nuestra historia. Me imagino el sufrimiento de las multitudes quietistas y de sus propios dirigentes cuando les llegó la condenación de Roma. Escritos de la época nos hablan del profundo desánimo y de las muchas lágrimas derramadas a pesar de la obediencia, signos muy claros de buena intención en todos ellos. También en la mística pagana, sin duda, hay buenísima intención pero no ha conseguido encontrarse con nadie a no ser con las propias proyecciones, a veces verdaderamente geniales pero sólo humanas.

\*\*\*\*\*

Para adentrarnos por la estrechura de la gracia gratuita, no manipulada por nuestros conceptos o comportamientos, tenemos que traer a primer plano al Espíritu Santo. No voy a hablar de una teoría sino de lo que ha sucedido y hemos experimentado en Maranatha. Al menos lo que yo he visto y experimentado. Voy a contar la historia de cómo el Espíritu nos libró de un grave peligro producido por él mismo. La verdad es que ya lo he contado muchas veces pero en este lugar viene bien repetirlo. En efecto, la primera experiencia que se nos da cuando uno llega al grupo es la del Espíritu Santo. Para muchos fue un encuentro inédito e inesperado pero real y jugoso que se presentó con aires de embriagamiento, como dice la Biblia. Fue repentino y sorprendente porque nadie espera lo que ni siquiera ha soñado.

Para la mayoría el Espíritu Santo era un gran desconocido al menos a nivel de experiencia. Apenas habíamos oído hablar de él y desconocíamos su acción viva en nosotros. De ahí la sorpresa no muy distinta de la de los apóstoles el día de Pentecostés. Sus dones, sus carismas y frutos no nos decían nada. La mayoría vivíamos una religión de peticiones, promesas y ofrecimientos centrada en nosotros. La irrupción, pues, de dicho personaje divino nos cambió la vida, los valores, las inquietudes y todas nuestras perspectivas religiosas. En mí, este proceso no fue demasiado repentino, ni pude formularlo con claridad desde el principio, si bien pronto me di cuenta de un cambio de nivel en mi vida religiosa.

Esta experiencia fue no sólo novedosa sino titubeante porque me ponía en contradicción con muchas de las seguridades, conceptos y sacralizaciones que habían constituido hasta entonces mi mundo religioso. Se hizo posible porque la vivíamos en comunidad y nos reforzábamos y asegurábamos los unos a los otros de que no delirábamos. Al contrario, la pudimos disfrutar gozándonos en su novedad. Así fueron pasando los años, siempre teniendo al Espíritu como el gran regalo de nuestra vida. Al cabo de un tiempo bastante largo vimos, al menos yo, aparecer en la conciencia otro personaje. Se trataba de Jesucristo, cuya realidad no nos ofrecía dudas pero tampoco lo conectábamos con la experiencia del Espíritu. Poco a poco la revelación se fue haciendo más clara.

Se me hizo tan fuerte la presencia de Cristo en mi vida que un día saltó la chispa. Me di cuenta de que era el propio Espíritu Santo el que me

estaba llevando a Jesús. Se me iluminaron aquellas frases del evangelio en que se nos dice: *El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho. Os guiará hasta la verdad completa pues no hablará de lo suyo sino de lo que oiga. Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y os lo anunciará* (Jn 16, 13). El Espíritu no nos cuenta su vida, es luz pero en él Dios no se revela. Nos habla de Jesús, que es el personaje donde el Padre quiere revelarse.

Pensando en todo esto se me hizo claro que una comunidad en el Espíritu puede ser hasta peligrosa. Si no es por la misericordia de Dios que nos sacó de ahí, Maranatha pudo convertirse en un peligro público. Doscientas personas, colocadas por el Espíritu, seguro que daban que hablar en Madrid más que doscientos zombis. Mis colegas dominicos tenían razón en los diálogos domiciliarios de que no todo estaba tan claro como nosotros en nuestra euforia inicial lo presentábamos. Si el Espíritu Santo fuera nuestro salvador nos sacaría de la encarnación y nos trasformaría en iluminados, quietistas y alumbrados. Y como las experiencias del Espíritu son reales, el enquistamiento y la fijación en ellas podrían habernos endurecido.

El Espíritu, en efecto, nos ilumina, mueve y acompaña pero sólo cuando lo que nos trasmite lo recibe de Jesús. Teóricamente hablando, por sí mismo, si no nos hablara desde la encarnación de Jesús, nos trasformaría en marionetas y saltaríamos y bailaríamos como guiñoles. Quizás nuestro espíritu recibiera complacencia pero nuestra carne permanecería profundamente sola perteneciendo a un mundo contaminado, pecador y sin esperanza. El Padre no lo ha querido así sino que ha querido salvarnos en Jesús. Lo que pasa es que nunca llegaríamos a Jesús sin Espíritu Santo. Jesús no pasaría de ser para nosotros un hombre histórico, quizás muy interesante, tal vez la personalidad más fascinante de la historia pero sólo un hombre, un hombre más.

Ni la Magdalena ni los de Emaús hubieran pasado del hortelano y del caminante si no fuera por el Espíritu Santo. Jamás Tomás hubiera dicho la oración más bella de toda la Biblia: *Señor mío y Dios mío*, si no le hubiera asistido el Espíritu Santo. ¿Cómo ver en un hombre su personalidad divina? Es fascinante la luz del Espíritu que superando al infinito nuestra capacidad de ver y comprender nos muestra a un Jesús divino dentro de unas

apariencias totalmente humanas. Más aún, el Espíritu no sólo es luz sino amor. ¿Qué cosa hay en nosotros más intrínseca que el conocimiento, más interior que el amor? La luz y el amor del Espíritu. Pues bien, esa luz nos ilumina a Jesús, ese amor nos lo hace intimísimo porque el Espíritu no sucede en nosotros pero Jesús sí.

\*\*\*\*\*

Debemos llegar más al fondo porque si a Jesús no lo consideramos más que como Dios no hemos salido del quietismo y del iluminismo. Agradezco al Espíritu Santo que lo que nos ha revelado en Maranatha, al menos al principio, no fue la divinidad sino la humanidad de Cristo. Tengo que reconocer que me chocó mucho esta pedagogía del Espíritu, una pedagogía fuerte que me hizo predicar sobre la humanidad de Jesucristo antes de comprender su trascendencia. En Maranatha siempre se ha hablado de la encarnación y de la necesidad de no despegarse de ella. Pedro Reyero fue un campeón en este sentido ya que había sufrido su encarnación como pocos. Sin embargo, por aquellos tiempos era todavía muy conceptual ya que la comunidad no estaba preparada para otra cosa en la línea del compromiso y del amor.

No fue fácil esta predicación. Algunos todavía no aprecian suficientemente su contenido. En Maranatha no se aceptó fácilmente una predicación que volvía machaconamente sobre la humanidad de Jesús. Alguna gente protestaba y llegaban a decir que se sentían más a gusto con otras personas de la Trinidad. Parecía que estábamos rebajando el contenido más íntimo de nuestra espiritualidad. ¿Por qué la humanidad, para qué tanta humanidad? Sin embargo, Jesús dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Es el hombre Jesús por el que tenemos que pasar, él es el mediador, no hay otro puente. San Agustín tuvo que pasar por la misma experiencia. Dice: “Yo buscaba el camino y no lo encontraba hasta que me abracé *al Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús... el que me llamaba y me decía yo soy el camino, la verdad y la vida*”<sup>9</sup>.

Aunque en la persona de Jesús nunca se puede separar la humanidad de la divinidad, sin humanidad no existiría la encarnación, Dios estaría

---

<sup>9</sup> *Confesiones*, CSEL 33, 157-163.

lejos, sólo podría revelarse analógicamente a base de conceptos. Sería un ser incontaminado, como Alá, nunca hubiera pisado nuestro barro y nos sería imposible pertenecer a su familia ya que la disimilitud sería total. Quizás nos diera una palabra como el Corán y esa palabra sería su presencia y nuestro absoluto pero sería estática, sería ley, sería opresora y exigente. Desde una palabra así yo no podría amar mi vida, mi pecado, mi defecto y mi enfermedad. No podría asumir mi encarnación ni la de los demás. Tendría que proponerme ideales excelsos y luchar por ellos como el más grande de los devotos e iluminados pero sin amor.

Mi relación con un Dios sin encarnación sería quietista de puro miedo y fatalista porque no me cambiaría nunca la vida ni sentiría su amor su gracia, su perdón y su misericordia. Cumpliría a rajatabla sus preceptos y sacralizaría mi cultura, mi pueblo y mi raza como manifestaciones insustituibles de ese Dios. Tenemos suficientes ejemplos en nuestro mundo de religiones sin encarnación como para no darnos cuenta. ¿Qué significaría una religión sin encarnación? Sería una religión maniquea que no amaría la vida, ni la historia, ni la materia, ni ninguna realidad de este mundo creado. El pecado con estas cosas me hundiría en mi egoísmo, estaría muy solo y dedicaría mi existencia a cultivar técnicas que me sacaran del dolor, y del mal, como hace el budismo. Carecería de fe, esperanza y caridad. Aun los dioses que dependen del cristianismo, como Yahvé y Alá, sin encarnación, sin redención, no serían capaces de hacer que nos quisiéramos a nosotros mismos ni amar y asumir la realidad creada.

\*\*\*\*\*

Bajando al nivel psicológico podremos comprender un poquito mejor lo que estoy diciendo. Muchos de nosotros hemos recibido una educación religiosa en que se nos inculcaba el desprecio por la materia y las cosas del mundo. Quedábamos como pringados e impuros si amábamos estas cosas. Para crecer en santidad había que cultivar una especie de purificación que nos librara de todas las impurezas contraídas por el hecho de ser de carne. A la misma Santa Teresa de Ávila no se le cae de los labios la amonestación de que tenemos que pisar y repisar al mundo. Es cierto que ella se referiría al pecado pero un pecado en el que se incluía gran parte de las manifestaciones terrenas. La misma Liturgia le pedía a Dios que nos

diera fuerzas para *despicere terrena et amare coelestia*, es decir, despreciar lo terreno y amar lo celestial.

Yo durante mucho tiempo me sentía mal dentro de mi propia piel. Tenía una imagen negativa de mí mismo. Si hubiera tenido fuerzas me habría flagelado y, aunque nunca lo hice, lo consideraba virtud. Me parecía virtuoso despreciarme. Era víctima de la mentalidad ambiente en la que oías continuamente prevenciones contra el orgullo y la soberbia, contra los malos deseos, la inclinación al mal, el *fomes peccati*, la corrupción moral y los apetitos carnales. Mi autoflagelación, no obstante, siempre fue algo conceptual; en mi práctica, predominaba el buen sentido. Teóricamente me parecía bueno despreciarme y me culpaba de no hacerlo.

Ahora me doy cuenta, como Teresita de Lisieux, de que Dios me ama en cualquier circunstancia, en medio de ese barro, incluso en lo que yo no me amo. Él se goza con su creación aunque esté dañada por el pecado. Es más, el mal, el pecado, las contrariedades, las incomprendiones, las violencias que puede uno sufrir, son objeto de salvación porque gracias a la encarnación de Jesucristo pueden ser entregadas ya que él murió por ellas. Si hacemos esa entrega nos son devueltas en forma de aceptación, de elección, de sana apropiación.

Yo tengo cáncer. Evidentemente en un momento fue una grave contrariedad que engendró en mí miedo y angustia, pero una vez entregado todo en oración -algo que se puede prolongar en el tiempo- lo estoy asumiendo y eligiendo, lo considero parte de mi ser y de mi historia y destino, siendo capaz de darle un sentido. Su absurdo no me deprime. Aún me sigue doliendo pero ya estoy en la etapa en que no quisiera no haberlo tenido. Sé que si sigue adelante me vendrán nuevos miedos pero espero que vuelva también a suceder lo que os estoy contando.

El absurdo, como digo, es muy real y nos ataca por doquier. Hay momentos en la vida en que necesitamos comprender lo que nos pasa y por qué nos pasa. Se trata de una defensa. Comprender es una forma de dominar y apropiarse de las cosas. Es un signo de que no podemos todavía abandonarnos en la entrega. Nos falta confianza suficiente y buscamos las seguridades humanas. Si ya conocemos el camino de la entrega, aunque no podamos todavía, estamos iluminados, con lo que la entrega, si hay

suficiente oración, no tardará en llegar. Lo malo sería la rebeldía, la resignación o el fatalismo, tres formas de salirse de la estrechez de la encarnación y de caminar hacia la nada.

La encarnación más profunda no se realiza en esas tres posturas ni en la lucha, perdida de antemano, sino en la humildad de la entrega porque así, aceptamos la realidad y la vida. En la entrega al que murió por ello se nos devuelve una fuerza que hace que no sólo consintamos sino que elijamos lo que nos viene mientras luchamos contra lo que hay en ello de mal, ya que la enfermedad y la muerte son salario del pecado. Cuando a algún famoso le sobreviene un cáncer oímos a veces sus declaraciones en los periódicos en las que dice que luchará con toda el alma contra él y lo va a vencer. La frase humanamente es muy comprensible, pero si no hay otra cosa que sus fuerzas, en el fondo es una rebeldía y no aceptación que, a la postre, le va a extenuar y derrotar.

\*\*\*\*\*

La encarnación es, pues, el punto clave para no caer en el quietismo. Esta encarnación significa asumir la realidad y la historia, sobre todo la que nos toque vivir de cerca, eligiéndola y consintiendo<sup>10</sup> con ella, no sólo con nuestras fuerzas sino con las que nos vienen de la resurrección de Cristo. El primero que asumió la encarnación hasta el fondo fue él. Llegó a hacerse hasta pecado y maldición, algo que apenas podemos comprender. La asumió en su humanidad, no para despreciarla sino para rescatarla y hacerla nueva. Sucedió en su cuerpo de carne. Asumir pues, nuestra carne y nuestra historia es la verdad en la que superamos todas las posturas iluministas, quietistas, fatalistas y deterministas, en las que caemos siempre que queremos ir a Dios sin la humanidad de Jesucristo.

El Padre asume nuestra realidad de pecado en Jesús. No tenemos por qué sentirnos mal ni en nuestra piel ni en nuestro mundo. Es imposible cualquier maniqueísmo. El asombro nos sobrecoge cuando sabemos que no sólo asume nuestra realidad sino que la va a resucitar porque por la muerte de Cristo queda limpia y por su resurrección transfigurada. Esta es una

---

<sup>10</sup> Este lenguaje de consentir con la realidad lo aprendí en Taizé en los últimos años del Hermano Roger Schutz. Lo utilizaba mucho. No sólo en el sentido de dar nuestro consentimiento a las cosas que pasan sino en el sentido de sentir-con, con las cosas que pasan.

postura de fe, de fe católica. La predicación en Maranatha se mueve en esa estrecha franja en la que un hombre, un ser humano con personalidad divina, concita en sí toda la acción de Dios sobre el mundo y todas las aspiraciones del mundo acerca de Dios. En él habita la plenitud de la divinidad, el pleroma. El ser humano de Cristo no es un episodio de la creación sino que es el fin de esa creación. El proyecto del Padre consiste en que todo sea rescatado y asumido en Cristo, el cual lo devolverá al final realizado y limpio de nuevo al Padre. Jesús lo recibió todo también por gracia no por méritos antecedentes puesto que no existía. Incluso la más eximia de todas sus prerrogativas que fue la gracia de la unión hipostática fue pura donación del Padre. Fue creado para que en él, con él y desde él todo sea devuelto al Dios Padre de donde salió. Jesucristo hombre es la criatura donde la encarnación y la creación se desborda en una belleza casi divina.

El quietista, cuando intenta recibir la gracia pasivamente, como un madero o un cadáver, no sale de sí mismo, ahoga en su ser la acción de Dios, sólo aspira a una simple *contemplatio acquisita* egoísta, aunque diga que es para la gloria de Dios. No elige la vida, no asume su encarnación, la elimina como el budismo. No trabaja para la consumación y plenitud final. No ayuda a Cristo en el rescate de la realidad. Nada más lejos de lo que se da en Maranatha donde yo he visto morir mucha gente, diría que todos los que nos han precedido, consintiendo en su muerte, eligiéndola, asumiéndola en Jesucristo y transformándose por esa elección. Mueren amando, no dando ejemplo ni sermoneando como se oye en esos funerales laicos en que se encomienda al recuerdo y al ejemplo del finado la transformación futura del universo. El cristiano puede morir con una humildad victoriosa porque en Cristo y sólo en Cristo ya está todo salvado y resucitado. Ninguno de nuestros muertos va a redimir el mundo futuro.

De ahí se sigue que encarnación y pobreza van muy juntas. Ambas expresan la apertura básica al don de Dios. La encarnación lleva consigo ser lo que se es y la pobreza hace que amemos las cosas tal como son, tal como están sin querer cambiarlas. Si las quieres cambiar ya las estás juzgando, ya estás ocupando el puesto que no te pertenece porque tú no has muerto por nada ni por nadie. Es Jesucristo el que las ha comprado y ha derramado su sangre por ellas; es al único, por tanto, que le pertenece el juicio. En mis cincuenta años de sacerdote no he tratado de cambiarme, no

me he juzgado. De esa forma he aprendido a tener misericordia de mí mismo y a entregarme en las manos del que juzga rectamente, que es el único que me puede cambiar. Oro para que él suceda en mí, que es el único cambio que me interesa. La gratuidad cree en la acción de la gracia; el moralismo, en cambio, te obliga a que cambies continuamente y te hagas mejor, lo cual es poner tu salvación en tus manos y dejar a Jesucristo y a su gracia en paro.

La encarnación y la pobreza no significan, pues, pérdida de humanidad sino condiciones de posibilidad para que la gracia actúe. En Maranatha llevamos años y años oyendo hablar de la pobreza, a ella debemos la actual claridad, la seguridad de que no vamos tras ninguna utopía, la alegría y la certeza de que para llegar a Dios no hay que despreciar nada. Eso sí, con la mente suficientemente despierta para saber que el camino estrecho de la humanidad de Cristo está rodeado de toda clase de quietismos, iluminismos, moralismos, mesianismos, integrismos, humanismos. El ateo, por ejemplo, parece un ser cercano a la realidad pero carece de encarnación y de pobreza. Quiere crear su riqueza girando sobre sí mismo. Vive encerrado y se hace incapaz de trascenderse. Su alma se parece a la del que quiere tener un hijo sin pareja. Igualmente los creyentes de un dios sin encarnación en el fondo pasan de todo menos de sí mismos.

Si nos fijamos bien, la alabanza que hay en Maranatha y en cualquier grupo de la Renovación participa de lleno de esta visión teológica de la encarnación. Alabamos al Señor por Jesucristo como don y gracia principal pero también por todas las criaturas, por toda la creación. En nuestros cantos resuena el murmullo de todo lo creado que, aunque esté dominado aún por el pecado, está destinado a la resurrección. ¿Somos unos exaltados por eso, aunque gritemos con frecuencia y nos arranquemos en lenguas? No, nuestra alabanza no es más que el preludio de la consumación final, es un canto en futuro, como cuando decimos: *Alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor*. Son cantos de futuro que suspiran por un mundo nuevo, cantos de la otra orilla que se cantan ya en un mar de cristal ribeteado de fuego, es decir, en una creación ya redimida y trasformada.

\*\*\*\*\*

Una vivencia como la que estamos describiendo requiere un amplio espacio de gratuidad. Es una vivencia *edelweiss*. Si no tiene ese espacio, si no tiene altura, si se ve sofocada, pronto se marchitan sus pétalos. En Maranatha siempre se ha luchado por permanecer en esta vivencia *edelweiss*. Es bueno formularla para tener un punto de referencia, no sea que alguien nos transforme en quietistas o en cualquier otra cosa sin darnos cuenta y sin darse cuenta. No debemos, sin embargo, quedarnos en las formulaciones y en las teorías porque se agostaría el esplendor de la blancura. Cuesta, cuesta mucho ser un grupo *edelweiss*. Los quietismos, iluminismos, moralismos, mesianismos, integristas, humanismos son más racionales que el camino estrecho de la encarnación.

Ser un grupo así consiste en experimentar desde la fe que el mundo sólo cambia desde la resurrección de Jesucristo. Parece que estamos rebajando la condición humana y en realidad la estamos ensalzando. Pese a esta estrechura es la única senda que nos puede llevar a un compromiso real y radical con la sociedad y con el mundo. Los pobres son de Jesucristo, que es el único que ha muerto por ellos. La vida, la materia y el cosmos entero son también suyos. Nadie podrá hacer nuevas todas las cosas sino es él en su resurrección. Sólo él puede cambiar la realidad. Se nos ha dado poder y facultad, dejándonos usar, para colaborar en la transformación del mundo, haciéndolo cada vez más habitable y humanizándolo con nuestro trabajo. No es extraño que sea en los países cristianos donde más logros haya alcanzado el progreso y donde las fuerzas de la creación hayan sido puestas en mayor servicio del hombre. Es una tarea que el mismo Dios nos encomienda y que ayuda a nuestra realización como criaturas.

Este esquema lo tenía troquelado la M. Teresa de Calcuta en su alma. Era la que decía que los pobres son de Jesucristo. Por eso todas las mañanas antes de salir por las calles a recoger los ancianos que la vida había arrojado a las cunetas, se postraba dos horas de oración ante el Santísimo pidiéndole permiso para gestionar sus asuntos que no eran otra cosa que dichos ancianos. Ella tenía el carisma, es decir, la gracia y el encargo de hacerlo y, no obstante, necesitaba configurárselo todos los días como algunos programas del ordenador. A pesar de su intensa oración, a pesar de que estaba más segura de que la gracia lo había hecho todo en su vida que de su propia existencia, la M. Teresa no tuvo un minuto en su vida para vivir la dulzura del quietismo burgués.

En Maranatha sucede algo semejante. La oración y el crecimiento en el Espíritu no nos sacan del ajetreo de la vida y de nuestros compromisos diarios; al contrario, nos mete más en ellos porque nos da amor por la vida, por el trabajo y, sobre todo, por los hermanos. A unos les gusta trabajar más y a otros menos, a unos les pesa mucho el lunes, otros van tan contentos, como todo el mundo. La oración no saca a nadie de la realidad, más bien da responsabilidad y supera la profesionalidad, poniendo el alma en cada tarea por amor a los demás. Hoy día la cumbre del compromiso está en ser un buen profesional, lo cual no incluye el alma y los sentimientos; para un cristiano no basta ser un buen profesional sino que debe ser completado por los sentimientos y el cariño. El quietismo y todas las religiones y proyectos quieren cambiar la realidad, signo de que no la aceptan; nosotros la amamos tal como está, para dejar a Jesús, que es el que ha muerto por ella y la ama de verdad, transformarla con nuestra colaboración, dejándonos usar por él.

Perdonadme esta carta tan larga y densa. La he escrito sobre todo para mí; necesitaba entender bien estos contenidos. Dentro de unos días tengo que ir a dar los ejercicios a los monjes de la Trapa de Dueñas. Le he pedido al Señor que me ilumine. ¿Sabéis lo que me ha dicho? Que no vaya a cambiarlos y a convertirlos. Que si lo hago así soy yo el que va. Que les acepte y les ame tal como están. Que nos les dirija la palabra juzgando su situación. Que yo no les conozco, que le pertenecen a él, que no haga teorías sino que los ame, simplemente. Que les diga que ya están salvados, que acepten su salvación y den gracias con sus salmos y plegarias. Que no me preocupe nada del resultado, que eso le pertenece a él.

Octubre de 2010

Chus Villarroel, OP